



ASOCIACIÓN MEXICANA
DE TANATOLOGÍA, A. C.

Pionera de la
Tanatología en México

MEMORIAS DEL
IX CONGRESO NACIONAL
DE TANATOLOGIA

MUERTE DIGNA
UN ABORDAJE INTEGRAL

DEL 14 AL 17 DE NOVIEMBRE DEL 2012

Centro Libanés, Cd. de México

Asociación Mexicana de Tanatología, A. C.
Insurgentes Sur 1160-3er piso, Col. Del Valle
Tels. 55-75-59-95 ó 96 E-Mail: info@tanatologia-amtac.com
www.tanatologia-amtac.com / Twitter: [@tanatologiamex](https://twitter.com/tanatologiamex)
Facebook: <http://www.facebook.com/tanatologiamex>



ELEMENTOS ASTRONÓMICOS EN LAS OBRAS MEGALÍTICAS
FUNERARIAS EUROPEAS

Dr. Pedro Juan Martín Castejón

RESUMEN

Desde siempre las antiguas culturas han observado los ciclos de la naturaleza. Esta tradición le llevó a la cultura agrícola del Neolítico a desarrollar las primeras bases del conocimiento astronómico (Belmonte y Hoskin, 2002). Para ello, fue necesario observar durante muchos años los movimientos de los astros principales (el Sol y la Luna) hasta poder precisar su aparición en el cielo. Asimismo, durante este periodo para observar los movimientos de los cuerpos celestes, se construyeran alineaciones en estructuras de gran tamaño, mediante el uso de grandes bloques de piedra dando origen al megalitismo.

Es probable que si los aspectos astrales formaron parte del mundo agrícola éstos se incluyeran de alguna forma en el diseño de sus construcciones funerarias. Esta es la hipótesis que pretendemos desarrollar. Para ello nos hemos centrado principalmente en el estudio de aquellas obras megalíticas funerarias que se encuentran en la Europa Occidental, ya que en este trabajo se plantea la significación de estos sitios como dispositivos culturales dedicados a la fijación de la memoria de los pueblos. Dado el carácter fundacional que tienen como elemento fundamental de la construcción cultural de las primeras sociedades campesinas. Donde los ritos funerarios en este período están relacionados con una manera diferente de afrontar el sentido de la muerte. Pues, el acontecimiento de la muerte se convierte en un reto que marca la transición de una vida a otra, en razón de lo cual es menester la ejecución de ritos funerarios, por estar éstos vinculados a creencias religiosas sobre la naturaleza de la muerte y de la existencia en otra vida después de ella, que implican importantes funciones psicológicas y simbólicas para los miembros de una colectividad.

INTRODUCCIÓN

En el Neolítico, con el comienzo de la forma de vida agrícola y sedentaria, las ideologías funerarias de las sociedades comenzaron a hacerse más complejas. El culto a los ancestros y los ritos funerarios en este período están relacionados con una manera diferente de afrontar el sentido de la muerte (Bueno y Balbín, 1992). Pues, durante el período de la neolitización de Europa las creencias y ritos funerarios están relacionados con la entrada a otro mundo. Por ello, durante este periodo los monumentos tienen mucho que ver con la memoria, y la memoria tiene mucho que ver con los muertos. Dada la importancia de los muertos, la ideología funeraria¹ ha tenido una enorme importancia en la mayoría de las sociedades prehistóricas (Andrés, 2003). La elaboración de las construcciones megalíticas en esta época es sólo explicable gracias a los cambios producidos por la Revolución Neolítica². Durante dicho periodo las comunidades humanas dejarán de depender de la recolección, la caza y la pesca, para sobrevivir. Las culturas del Neolítico aprenderán a producir sus alimentos por medio de la agricultura. En consecuencia, las comunidades se harán sedentarias, los que permitieron disponer de tiempo libre para dedicar a la erección

¹ Según el investigador García Sanjuán podemos definir la ideología funeraria como el conjunto de nociones simbólicas que articulan la relación entre los vivos y los muertos (ancestros) a través de prácticas y rituales que se centran en el tratamiento de los cadáveres.

² Se llama **Neolítico** al periodo de la Prehistoria, que duró desde el 5000 adC hasta el 3000 adC. Es la fase anterior a la Edad de los Metales.

de estas magnas construcciones. Pues, cuando un grupo humano se hace sedentario, su forma de vida y sus relaciones cambia mucho y muy rápidamente. Uno de los cambios tiene que ver con el reparto del trabajo (Criado, 1989). La organización del grupo debía ser mayor y, al aumentar cada vez más la población, los recursos fueron haciéndose más escasos, se comenzarían a reivindicar con más ahínco territorios como propiedad siendo posiblemente el origen de algunas disputas. Por tanto, en ese proceso, el culto a los antepasados parece crucial en todas estas culturas durante el gran espacio de tiempo que se mantuvo la tradición megalítica. Se piensa que las diferentes tumbas y los menhires representan a los antepasados cuyos espíritus se consideran siempre presentes y que participan en la vida cotidiana (Robb, 2007).

La jerarquización social, la necesidad de una organización y coordinación eficaces en un trabajo que requería decenas de participantes, así como las creencias religiosas, fueron factores imprescindibles para explicar el aquí y ahora de tales obras, como también lo fueron los conocimientos astronómicos que se desarrollaron en gran medida en las sociedades agrícolas porque el ciclo de siembra y recolección estaba ligado al ciclo solar (Hoskin, 2001).

Las primeras manifestaciones del megalitismo se dan aproximadamente entre el 3.000 y el 1.700 adC. , es decir, desde finales del Neolítico (3.000 adC. aproximadamente) hasta la Edad del Cobre (3.000-1700 adC.), abarcando la fachada atlántica del continente europeo, desde Escandinavia hasta el sur de la península Ibérica, pero penetrando también hacia el Mediterráneo. El máximo apogeo de esta cultura llegó alrededor del 3.000 a.C., época de construcción de los más importantes como son: Stonehedge (Inglaterra), Newgrange (Irlanda) y los alineamientos de Carnac (Francia). Asimismo, encontramos dólmenes, menhires, sepulturas con pilares horizontales y pilares verticales con corredores cubiertos y una serie de cámaras. En los dólmenes se han hallado la presencia de esculturas pequeñas y amuletos en vinculación con cultos de la naturaleza, en los menhires presencia de dibujos en forma de espirales o antropomorfos. En Dinamarca y en el norte de Europa aparecen la presencia de túmulos de forma alargada con piedras o maderas colocadas encima.

En su expansión por el Mediterráneo es denominada "arquitectura ciclópea", muy presente en las Islas Baleares y Cerdeña. Sobre todo en las islas mayores del archipiélago balear (Mallorca y Menorca), donde está integrada por construcciones que la leyenda atribuye a los cíclopes debido al tamaño de los grandes bloques de piedra irregular y sin desbastar que utiliza. Recibe también la denominación de Cultura Talayótica, porque los talayots³ son uno de los tipos que presenta, junto a las taulas⁴ y las navetas⁵.

³ El talayot está constituido básicamente por una torre vigía o atalaya de forma troncocónica con función militar defensiva.

⁴ La taula, denominada así por su forma de mesa (tabla). Se levantaban sobre la zona principal del poblado, estando compuesta por una pieza vertical sobre la que descansa otro bloque horizontal a gran altura. Su función debió ser ceremonial por los restos de hogueras y animales sacrificados encontrados a su alrededor, aunque también se ha sugerido su carácter funerario puesto que podrían utilizarse para la exposición de cadáveres a fin de que fueran descarnados por las aves, según el ritual seguido por algunos pueblos.

La función de estas construcciones en el megalitismo es principalmente funeraria puesto que servían mayoritariamente de enterramientos colectivos (Cauwe, 1996). Sus tipos básicos son el *menhir*⁶ y el *dolmen*⁷, pero su agrupamiento, la combinación de ambos o una mayor complejidad, dan lugar a una tipología más variada en la que encontramos *alineamientos* (como el de Carnac, en Francia), *cromlech* (como el Stonehenge, en Inglaterra) y *dólmenes de corredor y cámara*⁸, abundantes en España.

Los sepulcros de corredor están divididos en dos partes, una cámara sepulcral y un pasillo o corredor diferenciado. Por lo general, la planta es circular, de tamaño variable, rara vez de más de cincuenta metros cuadrados. La entrada del pasillo estaba sellada, pero es frecuente que se haya perdido la piedra que la tapaba (la mayoría de estas construcciones han llegado hasta nosotros saqueadas). Muchos de estos sepulcros remataban la cámara con una falsa cúpula, construida por aproximación de hiladas.

El sepulcro de galería presenta una forma más variable. La cámara no está tan bien diferenciada de la galería de acceso y a menudo puede incluir varias cámaras secundarias.

El dolmen de galería es especialmente frecuente durante el Calcolítico. No es una evolución del sepulcro de corredor, sino una simple superposición de dolmens de cámara simple. El suelo puede estar cubierto por losas y probablemente contase con varios troncos o rocas que hiciesen a la sazón de pilar. Por lo general, la cámara sepulcral es cuadrada o rectangular. El dolmen (o dolmen simple) es la construcción más frecuente del ámbito megalítico europeo. Se trata de una estructura arquitrabada sencilla, con dos o más piedras haciendo de soporte y otra que funciona como techo.

Resultaron ser monumentos más complejo de lo que en un primer momento se pensó, especialmente en relación a su función y al significado. Ocurre que suelen ser demasiado pequeños para albergar un enterramiento colectivo. Por lo general, se destinaron a enterramientos individuales. Y como son la construcción más usual, contrastan fuertemente con la opinión de algunos expertos sobre la naturaleza funeraria exclusivamente grupal de los sepulcros megalíticos (Bradley, 1998).

⁵ Las navetas deben el nombre a su forma de nave o barco invertido. Tienen planta rectangular pero presentan un ábside semicircular en el lado menor opuesto al de la entrada. Se encuentran tanto en el interior como en el exterior de los asentamientos porque las hay de dos tipos: de habitación y de enterramiento. Las de habitación fueron viviendas familiares de unos 70 metros cuadrados con hogar y molino de piedra. Las de enterramiento sirven de sepulcro colectivo formado por un pasillo que desemboca en una o dos cámaras superpuestas.

⁶ La palabra *menhir* procede del bretón, idioma en el que significa «piedra larga» (de *men* o *maen* = piedra e *hir* = larga). Consiste un único megalito (monolito) hincado en el suelo verticalmente, cuya finalidad es fijar el alma de los muertos. A veces se presentan agrupados en hilera, dando lugar a un *alineamiento* como el de Carnac; también pueden presentarse formando círculos constituyendo entonces un *cromlech* como ocurre en Avebury (Inglaterra).

⁷ Término procedente del bretón que significa «mesa de piedra» (de *dol* = mesa y *men* = piedra). El dolmen está formado por dos o más menhires sobre los que se apoya una losa colocada horizontalmente.

⁸ El *dolmen de corredor y cámara*, consta de un pasillo o galería que conduce hasta una o dos cámaras. Tanto el pasillo como la cámara pueden presentar un plano regular o irregular; los de pasillo regular llevan a una cámara también regular, y bien diferenciada, de forma circular o cuadrada (*Viera*) que suele estar cubierta no por megalitos sino por falsa bóveda.

LOS RITOS FUNERARIOS EN EL MEGALITISMO

La creencia en una vida después de la muerte y la práctica de ritos funerarios para conmemorar a los muertos son elementos claves en este periodo. En este contexto, la muerte (los antepasados), los monumentos y la memoria convergen en la ideología funeraria de las sociedades prehistóricas (Gnoli y Vernant, 2007).

Pues, el ser humano, desde la más remota antigüedad se hace preguntas sobre lo que observa a su alrededor, buscando explicaciones sobre los misterios de la vida y la muerte, el día y la noche, las estaciones del año, etc. Fruto de esta observación se da cuenta como vida y muerte están estrechamente relacionadas, pero el ser humano no se resigna a ello, y para obviar este destino crea un sistema de creencias, que le garantiza que el morir no era el fin sino el viaje hacia otro mundo. Por ello, podemos decir que los principales acontecimientos que promueven la celebración de ritos de pasos, es el de la muerte el que mayor trascendencia tiene para el individuo, pues la muerte se convierte en una ocasión de duelo que marca la transición de una vida a otra, en razón de lo cual es menester la ejecución de ritos funerarios, por estar éstos vinculados a creencias religiosas sobre la naturaleza de la muerte y de la existencia en otra vida después de ella, que implican importantes funciones sociológicas y simbólicas para todos los miembros (Daniel, 1958; Gamble, 2001).

Desde el punto de vista antropológico los ritos hacen referencia a creencias. Por ello, los ritos mantienen el orden social porque funcionan como una conexión para los grupos al constituirse en actos sociales, convencionales con arreglo a ciertas normas y que deben desarrollarse en lugares concretos (Gnoli y Vernant, 2007). La función de éstos es regular las relaciones de los seres humanos con el universo de lo misterioso y lo sagrado (Morley, 2007). Así que los rituales suponen, fundamentalmente, actos colectivos que involucran un grupo social determinado, por ser "prácticas sociales simbólicas que tienen por objeto recrear a la comunidad, reuniéndola en la celebración de un acontecimiento. El rito revive la cohesión del grupo y por lo tanto también contribuye a la construcción de su identidad. La utilidad de estos sistemas simbólicos radica en que se constituyen en los mecanismos más idóneos para facilitar la comunicación entre los individuos y la sociedad en momentos en que se requiere una cohesión social (Morley, 2007).

Teniendo en cuenta las etapas sucesivas del «tránsito», se distinguen globalmente tres clases de ritos funerarios (Andrés, 2003): los que se dirigen primero a mantener la unión del muerto y los vivos (aseo funerario, presentación del cuerpo, elogios fúnebres, velatorios, etc.), y los que a continuación realizan la separación de los unos y los otros (inhumación, cremación, inmersión, exposición a las aves, etc.). Siguen a estos ritos los ritos de recuerdo (estelas, visitas a cementerios, fiestas de aniversario, o fiesta de los muertos en México o en otros lugares, reliquias, etc.).

Los vivos, por consiguiente, manifiestan con respecto al muerto una notable solicitud ritual, pero al mismo tiempo lo temen y procuran mantenerlo a distancia porque la muerte, contagiosa corrupción, pone en peligro la vida. Es necesario que haya separación. Ésta se hace efectiva mediante el alejamiento definitivo del cadáver inhumado, incinerado, momificado o sumergido (Andrés, 2003).

EL CONCEPTO DE LA MUERTE Y EL RITUAL FUNERARIO EN LA PREHISTORIA

Es difícil saber a ciencia cierta la idea de la muerte que las sociedades prehistóricas pudieron tener, puesto que carecemos de textos escritos que nos ayuden a saber como pensaban. Pero, esto lo podemos conocer gracias a los restos materiales que han dejado de sus enterramientos, y al menos desde esa base se pueden analizar e intentar interpretarlos. (Cauwe, 2001).

Sin duda alguna la actividad funeraria ha producido las huellas materiales más abundantes y claras para acceder al conocimiento del plano social y religioso. Los conjuntos funerarios son los más idóneos para responder a interrogantes sobre la sociedad y la ideología religiosa por dos razones básicas: porque se conocen generalmente más y más ricos datos de éste que de otros aspectos culturales, y sobre todo, porque las sepulturas son actos intencionales, expresamente significativos, y aunque este significado se nos escape, todo responde a una selección no casual ni arbitraria sino determinada, a veces por las circunstancias, pero más frecuentemente por las creencias y los requerimientos sociales (. En general los investigadores atribuyen a las tumbas y necrópolis un significado más profundamente radicado en la estructura ideológica del conjunto social que a los asentamientos. La instalación funeraria manifiesta que la sociedad tiene conciencia de su pasado y previsión de futuro a largo plazo. Pero existe un abismo insondable entre la realidad de los ritos funerarios en el momento en que se efectuaron y las huellas arqueológicas que de ellos se conservan.

Por el conocimiento etnográfico de sociedades neolíticas que hasta nuestros días han persistido, sabemos de la importancia social de los llamados "ritos de paso", los *umbrales* que todo individuo debía atravesar a lo largo de su vida cada vez que tenía lugar un cambio en su estatus como miembro de la sociedad; estos momentos se acompañan de ceremonias. De todos los ritos de paso, el relacionado con el fallecimiento es sin duda el más trascendente (Bueno et al., 2004). Ya que tenían como fin "hacer del cadáver un muerto", distinguiendo así el paso a otra consideración social, la de antepasado, fundamental en las sociedades primitivas.

Resulta evidente que las variaciones rituales detectables son casi infinitas, de hecho ningún enterramiento es igual a otro, pero si pueden aportar indicios para vislumbrar algunos aspectos de la estructura social e ideológica (Colomer, 1979). En primer lugar el hecho mismo del enterramiento, equivale a la creencia en una vida de ultratumba. Es el primer paso. En segundo lugar su relación con el asentamiento, ya que cualquier variable en la situación del espacio fúnebre puede ser relativa a multitud de factores particulares, sean de origen económico o ideológico. Por último, la estructura sepulcral es el aspecto más visible e inmediatamente asequible de las tumbas prehistóricas y el elemento que más sugerencias, tanto ideológicas como sociales suscita. Primariamente nos confirma también la existencia de creencias de ultratumba, pero según avanza la prehistoria parece tener más que ver con los requerimientos sociales que con el sentimiento privado afectivo o con la inmediata necesidad profiláctica. La estructura sepulcral pasa a representar lo que la sociedad como conjunto desea expresar respecto a sí misma (Morín, 2000).

LOS MEGALITOS COMO MONUMENTOS FUNERARIOS Y SU CONEXIÓN CON EL COSMOS

Los pueblos que habitaban Europa durante en el Neolítico desarrollaron unos importantes conocimientos sobre la ciencia de las estrellas y el Universo, en lo referente al movimiento de los astros, predicciones, matemática y geometría aplicada a la astronomía. Determinaron la llegada de solsticios, equinoccios y eclipses. Construyeron grandes monumentos megalíticos que dejaron constancia de sus amplios conocimientos. Asimismo, esta sociedad estuvo impregnada por los rituales de culto a los antepasados (Bradley, 2002), por ello los megalitos se convirtieron en el tiempo mismo, o más exactamente en la encarnación física y medible de un tiempo lineal contrapuesto al tiempo estancado de los cazadores y recolectores. Los sitios megalíticos capturaban el tiempo en forma de episodios astronómicos que marcaban los ciclos de la vida y la naturaleza (Hoskin y Zeldda, 1997). Para estas sociedades agrarias, el movimiento cíclico de los cuerpos celestes tenía gran importancia en clave de los procesos biológicos y por supuesto constituían la principal referencia para el cálculo del paso del tiempo (Morley, 2007). Esta voluntad de conmemoración del tiempo sobrehumano (tiempo cíclico de la naturaleza, tiempo de los movimientos de los grandes cuerpos celestiales que presiden la vida) quedó materializada en las pautas de orientación astronómica que los monumentos megalíticos muestran (Hoskin, 2001). Posiblemente en ninguna parte quede mejor expresada la conexión entre megalitismo y astronomía que en el monumento de Newgrange (Irlanda), donde un sofisticado diseño arquitectónico permitía que el día del solsticio de invierno, los primeros rayos del sol naciente penetraran hasta el fondo de la cámara, iluminando allí por unos instantes un altar de piedra sobre el que reposaban los huesos de los antepasados (Stout, 2002).

Estas culturas fueron grandes observadores de los ciclos y fenómenos celestes tales como los movimientos del sol, las fases lunares, los eclipses, los ciclos y conjunciones planetarias; su conocimiento ha quedado plasmado en los símbolos de sus códigos y pinturas, en la orientación de sus monumentos funerarios (Stout, 2002). En este sentido, la concepción del ámbito celeste correspondía también al mundo de lo sagrado: donde el movimiento de las entidades celestiales era interpretado como el movimiento cíclico de sus divinidades. Pensaban que los fenómenos del cielo se encontraban íntimamente ligados a los fenómenos del ámbito terrestre: lo que ocurría allá arriba tenía repercusión acá abajo. En consecuencia, la importancia que esta sociedad dio a los movimientos del Sol, la Luna, las estrellas y los planetas se refleja en el gran número de construcciones megalíticas que se realizaron (Pijoán, 1979). Se ha demostrado que una de las funciones principales de estas construcciones era calcular las rotaciones planetarias anuales (Belmonte, 1999). Sin duda el cuerpo astronómico más relevante en todas las culturas antiguas y modernas es nuestra estrella más próxima, centro de nuestro sistema planetario y principal fuente de luz, calor y energía en el planeta y, por lo tanto, reguladora de los principales ciclos de vida, de reproducción animal y vegetal. Todas las sociedades agrícolas del mundo desarrollaron sus referentes espaciales y temporales en relación a los ciclos solares, su influencia en las estaciones de lluvias y secas y su relación con las actividades del campo (Antequera, 2000).

Los astrónomos de las culturas megalíticas tuvieron unos conocimientos realmente sorprendentes de los movimientos de los astros y de la geometría práctica. Nos demuestran que poseyeron ese gran saber los grupos de grandes piedras erectas (megalitos, algunos de más de 25 toneladas de peso), dispuestas de acuerdo con esquemas geométricos regulares, hallados en muchas partes del mundo. Algunos de esos círculos de piedras fueron erigidos de modo que señalasen la salida y la puesta del sol y de la luna en momentos específicos del año; señalan especialmente las ocho posiciones extremas de la luna en sus cambios de declinación del ciclo de 21 días que media entre una luna llena y la siguiente. Stonehenge ha sido uno de los más extensamente estudiados. Se construyó en varias fases entre los años 2200 y 1600 a.C. Su utilización como instrumento astronómico permitió al hombre del megalítico realizar un calendario bastante preciso y predecir eventos celestes como eclipses lunares y solares. Stonehenge fue erigido a 51° de latitud norte y se tuvo en cuenta el hecho de que el ángulo existente entre el punto de salida del Sol en el solsticio de verano y el punto más meridional de salida de la Luna es un ángulo recto. El círculo de piedras, que se dividía en 56 segmentos, podía utilizarse para determinar la posición de la luna a lo largo del año. Y también para averiguar las fechas de los solsticios de verano e invierno y para predecir los eclipses solares. Sin duda alguna, los círculos de piedras le dieron al hombre del megalítico en Europa un calendario bastante seguro, requisito esencial para su asentamiento en comunidades organizadas agrícolas tras el último periodo glacial, unos 10.000 años a.C.

Mucho se ha escrito asimismo sobre la posibilidad de que la disposición de los monumentos megalíticos se relacionara con determinados fenómenos astronómicos, ya que la mayoría de los megalitos occidentales europeos se orientan en dirección a la salida del sol durante el solsticio de invierno, es decir, hacia el sureste, hipótesis favorecida por la presencia en muchos de ellos de ciertos elementos decorativos como los motivos espirales o esteliformes, que podrían representar cuerpos celestes (Patton, 1993). La existencia de construcciones megalíticas orientadas en función de distintos eventos astronómicos, como solsticios o equinoccios, es algo sobre lo que merece la pena reflexionar. Si damos un repaso a los esquemas de las alineaciones megalíticas, descubrimos una perfecta correlación con ciclos planetarios que sin duda los antiguos habitantes dominaban a la perfección.

La investigación arqueológica, a través de la arqueoastronomía⁹ ha comenzado a entender recientemente la significación y alcance de la dimensión tiempo en los monumentos megalíticos. Pues el principal sujeto de estudio de la arqueoastronomía lo constituye la relación entre la orientación de construcciones ceremoniales y estructuras arquitectónicas con la bóveda celeste. Igualmente es de primordial interés el estudio de la

⁹ La arqueoastronomía como campo de investigación científica busca aportar evidencia en el entendimiento de la práctica astronómica en civilizaciones y culturas antiguas. Para ello no solo recaba en alienaciones y orientaciones astronómicas, también busca entender la influencia recíproca entre la astronomía funcional y la simbólica. El principal objetivo del trabajo de campo arqueoastronómico es la recolección de datos, mediciones y observaciones. Los resultados de esta recolección serán: los registros fotográficos y topográficos, planos y esquemas, que sirvan como demostración de las hipótesis planteadas para un lugar específico. Se considera que los orígenes de la disciplina se remontan al trabajo de Sir Norman Lockyer, quien fuera director de la revista *Nature*; que publico el clásico *The dawn of astronomy*. (1894).

disposición y orientación de megalitos y conjuntos de estructuras pétreas utilizadas con fines rituales y de observación astronómica.

En consecuencia, numerosos elementos presentes en el diseño y ejecución de estas construcciones pueden ser explicados por la voluntad de sus constructores de cuidar y gestionar su pasado (Andrés 2000) En los últimos dos decenios se ha empezado a comprobar que ese planteamiento era erróneo. La potente impronta que el megalitismo conforma sobre el medio físico, dando lugar al nacimiento del paisaje perdura a través de los siglos de una forma insospechada; como fenómeno paisajístico fundacional, el megalitismo acumula un fuerte ascendiente entre las sociedades europeas a partir del Neolítico. Como se ha visto en época medieval y moderna, se constata en Europa la reutilización y vigencia de sitios y construcciones ancestrales. Quizás el más asombroso ejemplo de la perdurabilidad de los sitios y paisajes sagrados neolíticos como focos de lo ancestral, la memoria y la identidad.

CONCLUSIONES

Los monumentos megalíticos dejan de construirse cuando asimismo dejan de utilizarse masivamente con fines funerarios (Belmonte, 1997). Este cambio en los usos funerarios ha sido interpretado como reflejo del aumento progresivo de las diferencias sociales en el seno de la comunidad, donde destacaría de manera creciente la figura de los líderes. Conforme las sociedades europeas de la Edad del Bronce y la Edad del Hierro se transformaban, desarrollando nuevas ideologías funerarias, los milenarios monumentos megalíticos siguieron siendo fuentes de tradición, identidad y poder (Holtorf, 1998). Esto es lo que parece desprenderse de la considerable cantidad de casos que muestran que los megalitos fueron visitados o reutilizados por gentes que, si bien no parecían compartir exactamente las mismas creencias y prácticas que habían movido a sus constructores originales, sí conocían su existencia, y los respetaban y veneraban hasta el extremo de utilizarlos como lugares de culto y enterramiento (Holtorf, 1998).

Uno de los aspectos que salta inmediatamente a la vista es no sólo la incorporación del conocimiento astronómico a sus mitos y rituales, lo cual es propio de una cosmovisión religiosa que tenía en la explicación del cambio cíclico y estacional uno de sus fundamentos, sino también la influencia que la observación de los cuerpos celestes tenía en aspectos básicos de reproducción socioeconómica, como el establecimiento del inicio de la temporada de lluvias que incidía en el calendario agrícola.

De la discusión planteada en este trabajo se desprende que el megalitismo la conceptualización de los megalitos como simples “sepulcros” o “enterramientos” de cronología prehistórica no hace justicia a la compleja superposición de fases, construcciones, usos, reutilizaciones y asociaciones contextuales y paisajísticas que muchos de ellos presentan como lugares de control y manipulación del tiempo, el Pasado y los antepasados, lugares de profunda significación ideológica, religiosa y política para sociedades que, generación tras generación, tenían en ellos un referente cultural: verdaderos memoriales culturales (Beguiristán, 1999).

Todo megalito tiene dos rasgos fundamentales: el físico (la monumentalidad, la visibilidad y la situación en lugares adecuados) y el ideológico (carácter funerario, religioso, simbólico, la condición de obra colectiva y elemento distintivo). La discusión

principal gira en torno a cuál de las dos facetas darle más importancia. Hay investigadores que proponen que los megalitos desempeñaron una función social. Servían como elemento colectivo que mantenía el equilibrio entre los miembros de un mismo pueblo o una misma cultura. Esta hipótesis cuenta sobre todo con el carácter colectivo de la mayoría de enterramientos megalíticos Larson, Tilley y Shanks propusieron en momentos distintos que los megalitos eran, sobre todo, un símbolo que expresaba una ideología de poder, resaltando el control sobre el ritual destacado en el monumento, con lo que se ayudaba a mantener la continuidad del dominio de los poderosos (Gracia Sanjuán, 2007). Una teoría bastante criticada por los especialistas en el Neolítico, en vista de que ignora la relativa igualdad social que se produjo durante esta etapa. Por otra parte, hay un grupo de investigadores que sostienen la hipótesis que los enterramientos funcionaban como un símbolo de posesión de la tierra. Al enterrar a los muertos en un lugar, las culturas trataban de afirmar su continuidad sobre el territorio, ya que la intención de los grupos humanos era argumentar su derecho a explotar los recursos básicos de la zona.

Estas últimas versiones son muy interesantes, y en su día se llegó a pensar que la cuestión estaba definitivamente zanjada. Pero hoy nos parece demasiado rotundo afirmarlo así. Probablemente, con el megalitismo, así como con muchos otros fenómenos históricos, halla que tomar una posición más intermedia (Bueno et al., 2004). Es exagerado pensar que todos los megalitos compartían un mismo significado, puesto que no todos compartían una misma función.

Finalmente se dejaron de construir monumentos megalíticos justo cuando la metalurgia empezaba a expandirse y a transformar los esquemas sociales e ideológicos. Todavía no están claras las causas, pero es posible que guardasen relación con ese carácter colectivo del que hablábamos: los nuevos modelos de sociedad jerarquizada, las primeras sociedades de jefatura, empiezan a destacar lo individual sobre lo colectivo. La generalización de las tumbas individuales hace que los megalitos destinados a contener enterramientos grupales pierdan su significado; y probablemente la religión también experimentó una evolución a raíz de los nuevos descubrimientos tecnológicos (y fomentada por nuevos intereses políticos) que supuso el fin definitivo del carácter ideológico de los megalitos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Andrés, M. T. El concepto de la muerte y el rito funerario en la prehistoria. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra* (2003), 11: 13-36.
- Andrés, M.T. El espacio funerario dolménico: abandono y clausura, *Salduie* (2000). 50: 59-76.
- Antequera, L.. *Arqueoastronomía hispana*. Equipo Sirius, Madrid (2000).
- Beguiristán, M. A. y Vélaz D. Megalitos, paisaje y memoria. Un estado de la cuestión. *Memoria y Civilización* (1999). 2: 317-327.
- Belmonte, J. A. Mediterranean archaeoastronomy and archaeotopography: Two examples of dolmenic necropolises in the Jordan Valley”, *Archaeoastronomy*, (1997). 28: 36-43.
- Belmonte, J. A. *Las leyes del cielo. Astronomía y civilizaciones antiguas*. Madrid. Ediciones Temas de Hoy (1999).

- Belmonte, J. A. y Hoskin, M. *Atlas de arqueoastronomía del Mediterráneo antiguo*. Madrid Sirius (2002).
- Bradley, R. *The Past in Prehistoric Societies*. London. Routledge, (2002)
- Bradley, R. *The Significance of Monuments. On the Shaping of Human Experience in Neolithic and Bronze Age Europe*. London. Routledge (1998).
- Bueno, P. y Balbín, R. *L'An mégalithique dans la Péninsule Ibérique*. Paris. Errance ((1992).
- Bueno, P., De Balbín, R., y González Cordero, A. El arte megalítico como evidencia de culto a los antepasados. A propósito del dolmen de La Coraja (Cáceres). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de Castellón* (2004). 22 : 47-71.
- Cauwe, N. *Les sépultures collectives dans le temps et l'espace, en Monumentalisme funéraire et sépultures collectives*. Bulletin de la Société Préhistorique Française (1996). 93 (3): 342-352.
- Cauwe, N. *L'héritage des chasseurs-cueilleurs dans le Nord-Ouest de l'Europe*. Celtibéricos. Zaragoza. Institución Fernando el Católico y Universidad de Zaragoza (2001).
- Colomer, A. *Les grottes sépulcrales artificielles en Languedoc oriental*. Toulouse, École des Hautes Études en Sciences Sociales (1979).
- Criado, F. Megalitos, espacio, pensamiento. *Trabajos de Prehistoria* (1989) 46, 75-98.
- Daniel, G. E. *The megalithic builders of Western Europe*. Londres, Hutchinson (1958).
- Gamble, C. *The Palaeolithic Societies of Europe*. Cambridge University Press, (2001)
- García Sanjuán, L. Garrido, P. y Lozano, F. Las piedras de la memoria (II). El uso en época romana de espacios y monumentos sagrados prehistóricos del Sur de la Península Ibérica. *Complutum*, (2007). 18: 109-130.
- García Sanjuán, L. Las piedras de la memoria. La permanencia del megalitismo en el Suroeste de la Península Ibérica durante el II y I milenios ANE. *Trabajos de Prehistoria* (2005), 62 (1): 85-109.
- Gnoli, G. y Vernant, J. P. *La Mort, les morts dans les Sociétés anciennes*. Cambridge University Press, (2007).
- Holtorf, C. J. The life-histories of megaliths in Mecklen-burg-Vorpommern (Germany). En Bradley, R.; Williams, H. (ed.) *The Past in the Past. The Reuse of Ancient Monuments*. World Archaeology, London: Routledge (1998). 30(1): 23-39.
- Hoskin, M. *Tombs, Temples and their Orientation. A New Perspective on Mediterranean Prehistory*. Oxford. Ocarina Books (2001).
- Hoskin, M. y Zedda, M., Orientations of Sardinian dolmens, *Archaeoastronomy* (1997). 22: 1-16.
- Morín, E. *El paradigma perdido*, Barcelona, Editorial Cairós (2000).
- Morley, I. *Time, cycles and ritual behaviour*. Oxford: Oxbow Books, (2007).

Patton, M. *Statements in Stone: Monuments and Society in Neolithic Brittany*. London: Routledge, (1993).

Pijoán, J. *El arte prehistórico europeo*. Madrid, Espasa Calpe, (1979).

Robb, J. *The Early Mediterranean village. Agency, Material Culture, and Social Change in Neolithic Italy*. Cambridge: University Press (2007).

Stout, G. *Newgrange and the Bend of the Boyne*. Cork: Cork University Press, (2002).